

LA UNIVERSIDAD EN LA ENCRUCIJADA

Fernando Tinajero
Trabajo realizado para la
Universidad de Otavalo

1. De los orígenes al siglo XIII

Es habitual situar en el siglo XII el origen de la universidad, y la de Bolonia suele ser mencionada como la primera de todas. Sin que nos interese discutir si estas referencias son exactas, preferiríamos remontarnos al renacimiento carolingio, en el cual, a nuestro juicio, se encuentra el punto de partida de lo que habría de ser la institución universitaria¹.

El renacimiento carolingio

Carlomagno, rey de los francos en 711 y fundador del Sacro Imperio Romano Germánico en 800, no fue solo un soldado y un hábil político capaz de imponerse como cabeza de la cristiandad después de derrotar a los longobardos:

fue también un gobernante sensible a las necesidades culturales de su pueblo, para el cual concibió una reforma educativa de la que los francos estaban muy necesitados desde la época de la dinastía merovingia. Desde el siglo V, en efecto, la Galia romanizada se encontraba en notoria decadencia, que llegó a durísimos extremos en los dos siglos siguientes: donde había escuelas (conocidas con el nombre genérico de *studia* —“los estudios”), apenas se enseñaba a leer y escribir con algún rudimentario conocimiento de la gramática latina y otro no menos rudimentario y deformado de la doctrina cristiana. Carlomagno, decidido a remediar esta situación, creó una famosa escuela palatina valiéndose del concurso de dos eruditos extranjeros: Pedro de Pisa y Pablo el Diácono, ambos italianos, a quienes pidió que emprendieran la enseñanza más rigurosa del latín y el griego. Agobardo, obispo de Lyon en 816, y Teodulfo, obispo de Orleáns que murió en 821, también prestaron su concurso en la enseñanza de los clásicos latinos; pero fue Alcuino de York (730-804, aproximadamente), quien se hizo cargo de la escuela palatina desde 782, hasta que pasó a ser abad de San Martín de Tours en 796. Formado en la escuela de Jarrow, que fue fundada por Beda el Venerable (674-735), Alcuino fue sin duda el más importante maestro de la escuela palatina: organizó los estudios en tres niveles, el primero de los cuales fue dedicado a la lectura, la escritura,

nociones elementales del latín vulgar, comprensión sumaria de la Biblia y de los textos litúrgicos; el segundo, a las siete artes liberales, que comprendían el *trivium* (gramática, retórica y dialéctica) y el *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música); y el tercero, al estudio profundo de la sagrada escritura. Además, hizo comprendios de toda su enseñanza, aunque sin alcanzar el mérito de la originalidad, enriqueció la biblioteca palatina con manuscritos que llevó desde York, mejoró la técnica de copiar manuscritos y atendió el inmenso trabajo de reproducir las sagradas escrituras.

A pesar de que la corte carolingia tuvo su sede en Aachen (llamada Aix-la-Chapelle por los franceses y Aquisgrán por los españoles), muchos han pensado que la escuela palatina fue el origen de la Universidad de París, debido a que Carlos el Calvo, muerto en 877, trasladó su corte a esa ciudad. Como la Universidad de París se constituyó a partir de una amalgama de escuelas, puede aceptarse que la escuela palatina fue un antecedente de la famosa universidad, aun cuando la relación entre ambas no haya sido directa. Pero la importancia de esta escuela y de la Universidad no debe hacernos olvidar la existencia de otras escuelas, como las que funcionaron en los monasterios de St. Gall, Corbie y Fulda, donde no se impartió la enseñanza solamente a los aspirantes al ingreso al monacato, sino también a otros disci-

pulos no sujetos a la disciplina religiosa. De ahí que en tales monasterios se hizo siempre la distinción entre la *schola claustri* y la *schola exterior*.

Para entonces ya se empezó a distinguir dos clases de escuelas: las *catedrales* o capitulares, y las *monásticas*. En cuanto al conjunto de materias de estudio o *curriculum*, el modelo de la escuela palatina fue generalizado; la gramática, que incluía la literatura, debía estudiarse en los escritos de Prisciano y Donato, y en los libros de texto de Alcuino o en los comentarios de Esmaragdo, y se escribieron otras obras gramaticales poco destacadas, como el *Ars gramaticæ* de Clemente Escoto, que comenzó a enseñar en la escuela palatina en los últimos años de Carlomagno. La lógica era estudiada también en los manuales de Alcuino, y a veces se incluía los autores que habían servido de base a Alcuino, como por ejemplo Boecio. En geometría y astronomía se trabajaba poco, pero la teoría de la música progresó con la *Musica enchirididis*, atribuida a Hoger, abad de Werden muerto en 902. Las bibliotecas, como por ejemplo la de St. Gall, fueron notablemente incrementadas en el siglo IX, e incluían, aparte de las obras de teología, obras jurídicas y gramaticales y cierto número de autores clásicos. En lo que respecta a la filosofía, la única materia estudiada era la lógica o dialéctica, que según Aristóteles es una propeútica a la filosofía y no una rama de la filosofía misma.

En relación con el renacimiento carolingio es necesario mencionar también a Rabano Mauro, por la importancia que tuvo para la educación de Alemania. Nacido en 776, fue discípulo de Alcuino y enseñó en el monasterio de Fulda, del que llegó a ser abad en 822. En 847 fue nombrado arzobispo de Mainz y murió en 856. Se interesó notablemente por la educación del clero y con tal finalidad compuso su famosa *De Institutione clericorum*, en tres libros. Además de las cuestiones estrictamente religiosas (grados eclesiásticos, liturgia, predicación), la obra trata también de las artes liberales, de las cuales ya se había ocupado en *De rerum naturis*, una enciclopedia derivada en gran parte de la de san Isidro.

La escuela de Chartres

Entre las escuelas que fueron naciendo a partir de la famosa escuela palatina, un lugar especial corresponde a la escuela de Chartres, fundada en 990 por Fulberto, un discípulo de Gerberto de Aurillac. Este último, notable como humanista y erudito, enseñó en París y Reims, visitó varias veces la corte del emperador, fue obispo de Bobbio, arzobispo de Reims y arzobispo de Ravena, y llegó a Papa con el nombre de Silvestre II. Murió en 1003.

La escuela de Chartres se distinguió por conservar la tradición platónica, y especialmente cultivó una verdade-

ra devoción por el *Timeo* —que, como es bien sabido, es el diálogo platónico que ejerció una sostenida influencia a lo largo de toda la Edad Media, debido a su contenido teológico y cosmológico. Luego de Fulberto, el fundador, fueron notables maestros de esta escuela Bernardo de Chartres, quien se desempeñó en el magisterio desde 1114 hasta 1119, año en que pasó a ser canciller hasta 1126. Gilberto de la Porrée (notable por su análisis de las categorías aristotélicas), Thierry de Chartres (discípulo del anterior, señalado como cultor del *Quadrivium* y por su tesis, derivada del *Timeo*, de que el ser se identifica con la unidad), Guillermo de Conches (comentador de Platón y autor de la tesis de que los cuatro elementos se reducen a corpúsculos homogéneos, cuyas distintas combinaciones determinan la variedad de los cuerpos), y Clarembaud de Arras, o Clarembaldus (defensor, como su maestro Thierry de Chartres, de la doctrina realista sobre los universales), fueron también maestros de la escuela y se desempeñaron sucesivamente como catedráticos de la escuela.

Juan de Salisbury (1115-1180), si bien no fue discípulo de la escuela, estuvo vinculado a ella desde 1176, cuando fue nombrado obispo de Chartres. Notabilísimo en las artes liberales, cuidadoso de su estilo literario, cultivador de los clásicos latinos, Juan de Salisbury fue sin duda el mayor humanista relacionado con el espíritu de Chartres. Su

teoría del Estado, aunque no llegó a ser completamente estructurada como, por ejemplo, la de Manegold de Lautenbach (siglo XI), es digna de recordarse porque no solo recoge las ideas de este último relativas al derecho del pueblo para deponer al rey que haya violado su pacto convirtiéndose en tirano, sino también porque desarrolla la idea de que el príncipe jamás se encuentra por encima de la ley.

Por lo demás, dentro de la gran disputa por los universales, cuya sola historia llena una de las páginas mayores de la filosofía medieval, la escuela de Chartres tuvo, desde luego, una notable participación, en la línea de lo que entonces se denominó “realismo” por atribuir realidad a los conceptos universales, lo que correspondía a lo que hoy solemos identificar como “idealismo”.

Las primeras universidades

Para el siglo XI, las primitivas escuelas catedralicias o comunales empezaron a ser verdaderos centros “universales”, en el sentido de que estaban abiertas para todos. Sin que importara el lugar de su procedencia, a ellas concurrían maestros y discípulos de todas las nacionalidades, por lo que se empezó a llamar *universitas* a tales escuelas, poniendo de manifiesto la importancia que se concedía al hecho de que fueran organismos abiertos a todos los que buscaban el saber.

En Bolonia se desarrolló entonces un modelo, identificado como *universitas scholariorum* (el conjunto de todos los estudiantes), al que Federico I Barbarroja concedió privilegios especiales. Este modelo fue seguido generalmente por las escuelas de la Europa meridional. A su cabeza estaba un rector, que era un estudiante clérigo. Los maestros se reunían en los *collegia doctorum* (colegios de doctores) o *universitates magistrorum* (universidades de los maestros), y estaban sujetos por la obediencia a las *universitas scholariorum*. Esta es, a no dudarlo, la raíz de un principio universitario fundamental: el de la autonomía. En París, en cambio, discípulos y maestros formaban un solo organismo, la *universitas magistrorum et scholarium* (la totalidad de maestros y estudiantes), el cual se encontraba sujeto a la jurisdicción eclesiástica.

La primitiva denominación que aludía a la totalidad de los estudiantes y a la totalidad de los maestros, sufrió más tarde un cambio de significado: bajo el nombre de *universitas studiorum* se empezó a designar la totalidad de los estudios, entendidos como ramas del saber. Ya no se trataba, por consiguiente, de un organismo, sino del conjunto de disciplinas (*artes*) que se enseñaban en un centro determinado.

Inicialmente, el título de legitimación de un estudio era la costumbre (Bolonia, Padua); luego, para estar constitui-

das como tales, las universidades debían obtener una Carta formal, bien sea del Papa o del emperador o, más tarde, de los reyes. Mediante tales cartas, profesores y alumnos recibían considerables privilegios, entre los cuales uno de los más importantes era el *privilegium fori* (privilegio de foro) encaminado a asegurar libertad y garantías civiles a estudiantes extranjeros.

El cuerpo docente se formaba por *doctores* llamados también *magistri domini* o *professores*. Junto a los doctores estaban los *lectores*, que eran estudiantes que no habían alcanzado todavía la plenitud de grados académicos, pero estaban próximos a obtenerlos, por lo cual se les concedía la facultad de llevar a cabo las lecciones (lecturas). La importancia de tales *lectores* en la enseñanza de aquellos tiempos era mayúscula, puesto que la falta de un sistema de reproducción de los textos obligaba a usar colectivamente manuscritos que con frecuencia eran únicos. *Lectores* y *doctores* eran elegidos y pagados por la *universitas scholiorum*, a la que quedaban sujetos. Más tarde fueron llamados y pagados por las comunas, debido a la fama de malos pagadores que se ganaron los estudiantes (*scholares non sunt boni pagatores*). Esta última medida representó la pérdida de la independencia de los estudiantes.

Al término de los estudios, tenía lugar la *inceptio*, que era una ceremonia en la

cual los discípulos recibían la investidura de letrados, con la cual se concedía además la *licentia docendi* (licencia de enseñar). Conferida inicialmente por los maestros, la *inceptio* pasó luego a ser *facultad* del obispo o de su representante, que era el Canciller Archidiácono. Esta intervención de la autoridad eclesiástica, que a la fecha era una autoridad universal, dio a la ceremonia una validez general: *licentia ubique docendi* (licencia para enseñar en todas partes). Más tarde, se estableció el requisito de rendir dos clases de pruebas antes de la investidura: la primera permitía obtener la simple licencia de enseñar en privado, pero no confería la facultad de enseñar en el estudio, y la segunda permitía la *Conventatio* o *Conventus*, que confería el derecho de “ascender a la cátedra”.

En aquellos tiempos, los estudiantes llegaban a la universidad mucho más temprano que hoy: a los doce o trece años iniciaban los estudios; los cursos de *artes* (*trivium* y *quadrivium*) duraban entre cuatro y seis años (aunque en Oxford se necesitaban siete), y luego podían pasar a *teología*, donde tardaban otros cuatro o seis años en recibir lecciones sobre la Biblia y otros dos en asistir a las lecciones sobre las *Sentencias*. Al término de tales estudios, alrededor de los veinticuatro años, el estudiante se convertía en bachiller y podía dar lecciones sobre la Biblia durante los siguientes dos años. Entonces pasaba a dar lecciones sobre las Sentencias, y

finalmente, después de varios años de estudios y disputaciones, podía alcanzar el doctorado y enseñar teología, siempre que tuviese por lo menos treinta y cuatro años de edad. Para enseñar artes, la edad mínima era la de veinte años. En París hubo la tendencia a aumentar la edad para el doctorado, mientras en Oxford se aumentó el tiempo para artes y se disminuyó los años de teología.

Aquellos estudiantes que después de alcanzar su grado de doctor abandonaban la universidad eran conocidos como *magistri non regentes*, mientras los que se quedaban a enseñar en la propia universidad eran llamados *magistri regentes*. Los primeros, aunque no fueron escasos, no representaban el objetivo primordial de la universidad, que consistía precisamente en formar profesores de carrera.

En cuanto al contenido de los estudios o *curriculum*, la práctica general en el siglo XIII consistía en leer y escuchar la lectura de ciertos textos. Aparte de las lecturas, existían las “disputaciones” (*disputatio*), que tenían dos modalidades: la *disputatio ordinaria* y la de carácter general que se llamaba *disputatio de quolibet*. Para las *disputationes* de *quolibet* se escogía un tema entre una gran variedad de posibilidades y se lo sustentaba en las fiestas solemnes. La *disputatio* propiamente dicha tenía lugar entre un defensor de la tesis o *respondens* y los objetantes u *opponentes*;

cuando ellos habían concluido, el profesor resumía la materia, los argumentos, las objeciones y las réplicas, y terminaba enunciando la solución considerada (*determinatio*), la que comenzaba con las palabras *Respondeo dicendum*. El resultado final, ordenado por el profesor, era entonces publicado en un *Quolibet* (santo Tomás de Aquino dejó doce de ellos). La *disputatio ordinaria* también concluía en una *determinatio* y era publicada en una *Quaestio disputata*.

El propósito general de estas prácticas era el de aumentar la comprensión del estudiante acerca de un tema particular, así como mejorar su capacidad de argumentación y de respuesta a las objeciones, a tono con el fin general de la educación medieval, que no era el de aumentar el conocimiento de hechos, sino el de transmitir un cuerpo determinado de conocimientos y facilitar la destreza en el manejo de los mismos. De ahí que la ciencia propiamente dicha no tenía lugar en las escuelas, aunque no se debe olvidar que ya en el siglo XIV logró algunos progresos en Viena y en París.

La institucionalización de la universidad tuvo dos efectos de singular importancia. El primero consiste en la aparición de un cuerpo de maestros, sacerdotes y laicos, a los que la Iglesia confiaba la enseñanza de la doctrina. Este es un efecto de incalculable importancia, puesto que hasta entonces la enseñanza de la doctrina había sido tarea

exclusiva de la jerarquía eclesiástica. “Tanto en la teología como en la catequesis —escribe Chenu— los maestros siempre habían sido algo unido al régimen episcopal; aquí, empero, se trata de profesionales de la escuela dedicados a la elaboración de una ciencia, y cuyo título jurídico depende de la corporación y no es, en sentido propio, una función jerárquica [...]. Los *magistri* están oficialmente calificados para hablar de fe y de doctrina; tienen poder de decisión después de la disputa acerca de la cuestión, y su solución se halla revestida de autoridad [...]”² De esta manera, junto a los poderes tradicionales —el *sacerdotium* y el *regnum*, es decir, la Iglesia y el Estado— apareció un tercer poder, el *studium*, o sea, la clase de los intelectuales, que ejerció un peso notable en la vida de esa época.

El segundo de los efectos, claramente visible en la universidad de París, fue su apertura a maestros y discípulos de todas las clases sociales. Aunque más tarde la universidad se hará aristocrática, en la Edad Media tiene un carácter popular y acoge también a los estudiantes pobres, hijos de campesinos o artesanos, quienes, gracias a la exención de las tasas académicas, las bolsas de estudio y el alojamiento gratuito, podían llevar a término los severos cursos de estudio. “Una vez que habían entrado a la universidad, desaparecían las diferencias sociales entre los estudiantes: los goliardos y los clérigos constituían

un mundo autónomo, en el que la nobleza ya no estaba representada por la clase de origen sino por la cultura adquirida. Se trata de un nuevo concepto de nobleza o, como se decía entonces, de gentileza”, dice Reale (cf. op. cit., p. 419). Más todavía, ya Boccaccio había escrito que “es gentil quien ha estudiado largo tiempo en París, no para vender después su ciencia al menudeo, como hacen muchos, sino para saber la razón de las cosas y su causa” (citado por Reale, *ibid.*).

Las universidades de París y Oxford

Como queda ya insinuado en las últimas líneas, los más importantes teólogos y filósofos del siglo XIII estuvieron asociados a la universidad de París, que se formó a partir del cuerpo de profesores y discípulos de la escuela catedralicia de Norte Dame y otras escuelas de esa ciudad. Los estatutos de la universidad fueron sancionados por Roberto de Courçon, legado pontificio, en 1215. Alejandro de Hales, san Buenaventura, san Alberto Magno, santo Tomás de Aquino, Mateo de Aquasparta, Roger Marston, Ricardo de Middleton, Roger Bacon, Gil de Roma, Siger de Brabante, Enrique de Gante, Raimundo Lull (o Lulio), Duns Escoto..., todos estudiaron o enseñaron en la universidad de París, y algunos hicieron allí ambas cosas.

Desde luego, esa no fue para entonces la única universidad europea. Otros centros de educación universitaria se

habían formado incluso antes, y se encontraban en pleno desarrollo. Tal es el caso, por ejemplo, de la universidad de Salamanca, cuya fundación fue ordenada por el rey Alfonso IX en 1218, aunque la carta de sus privilegios fue otorgada en 1254 por el rey Alfonso X, y ratificada por el papa Alejandro IV en 1255. Poco después, el rey Sancho IV de Castilla creó los Estudios Generales de Alcalá, de los cuales habría de nacer dos siglos más tarde la universidad de Alcalá de Henares, llamada Complutense a partir de la nueva fundación llevada a cabo por el Cardenal Cisneros. No obstante, fue la universidad de Oxford la que compartió los primeros honores con la de París, y a ella están asociados los nombres de Roberto Grosseteste, Roger Bacon y Duns Escoto. Mientras en París triunfaba el aristotelismo, en Oxford se producía una singular mezcla de agustinismo y empirismo, de la que es ejemplo la filosofía de Roger Bacon. Sin embargo, a pesar de la importancia de Oxford, así como la que alcanzó Bolonia, la universidad de París fue el centro de estudios más importante del mundo cristiano. Grandes eruditos acudían a París para estudiar o enseñar y luego regresaban a Oxford o a Bolonia, de modo que trasladaban el espíritu de esa gran universidad a sus lugares de origen. Incluso aquellos que nunca llegaron a París estuvieron bajo su influencia. Roberto Grosseteste, por ejemplo, que nunca estudió en París, estuvo fuertemente marcado por la enseñanza de

sus profesores. No obstante, sería equivocado suponer que hubo allí el dominio de una línea de pensamiento: santo Tomás de Aquino tuvo fuertes dificultades para lograr la aceptación y la difusión del aristotelismo, aunque después fue esa corriente la que prevaleció sobre otras que, sin embargo, se mantuvieron vigentes en los siglos XIII y XIV. Aparte de los escritos de gramáticos como Prisciano y Donato y algunos otros textos clásicos, en la escuela de Artes de París llegaron a dominar los textos de Aristóteles, y es significativo que el llamado “averroísmo latino” estuviera representado por profesores de esa facultad. En teología, la Biblia y las *Sentencias* de Pedro Lombardo dominaban la enseñanza, y los profesores presentaban sus propias opiniones al hacer comentarios.

La contribución de las órdenes religiosas

Abiertas al amparo de las catedrales, las primeras universidades estuvieron a cargo del clero diocesano, llamado también secular. No obstante, tanto en París como en Oxford tuvieron enorme importancia las órdenes religiosas, y especialmente las dos órdenes mendicantes fundadas en el siglo XIII, es decir, la de Santo Domingo y la de San Francisco. La primera se estableció en París en 1217 y poco después lo hizo la segunda. Ambas órdenes pretendieron enseguida que sus respectivas cátedras de teología fuesen incorporadas a la universidad y que sus profesores y alumnos pudiesen

disfrutar de los privilegios universitarios. Aunque el cuerpo docente de la universidad se opuso tenazmente, los dominicos recibieron una cátedra en 1229 y la otra en 1231, al mismo tiempo que los franciscanos recibieron la única que llegaron a regentar. Rolando de Cremona y Juan de San Gil fueron los primeros profesores dominicos, y Alejandro de Hales el primer franciscano.

En 1248, el capítulo general de la orden dominicana decretó la erección de *studia generalia*, es decir, casas de estudio para toda la orden, a diferencia de las casas de estudio de cada una de las provincias. Tales centros se establecieron en Colonia, Bolonia, Montpellier y Oxford, mientras los franciscanos, en una suerte de competencia, establecieron simultáneamente *studia generalia* en Oxford y Toulouse. En 1260 los agustinos abrieron una casa en París y su primer doctor oficial fue Gil de Roma. Los carmelitas ingresaron en la misma corriente y en 1253 abrieron una casa en Oxford y en 1259 otra en París.

El trabajo intelectual desarrollado por las órdenes religiosas en las universidades fue eminente y produjo figuras sobresalientes: bastaría citar a san Alberto Magno y santo Tomás de Aquino, en la orden dominicana; Alejandro de Hales y san Buenaventura, en la orden franciscana. Sin embargo, ambas órdenes fueron objeto de una dura oposición por parte de los doctores de la universidad,

que no se limitaron a pedir que una orden no ocupe más de una cátedra a la vez, sino que atacaron el estado de vida religiosa en sí mismo. De ello derivó una memorable polémica, iniciada en 1255 por Guillermo del Santo Amor, quien publicó un panfleto titulado *De periculis novissimorum temporum*, que provocó como respuesta el *Contra impugnantes Dei cultum*, escrito por santo Tomás. El folleto de Guillermo del Santo Amor fue condenado y en 1257 se prohibió a los seculares que escribieran contra los regulares. A pesar de la prohibición, Gerardo de Abbeville publicó todavía su *Contra adversarium perfectionis christianae*. A pesar de sus diferencias en materia filosófica, santo Tomás y san Buenaventura estuvieron juntos en el empeño de defender a las órdenes religiosas, y ambos publicaron réplicas al folleto de Gerardo, provocando a su vez una contrarespuesta de Nicolás de Lisieux, escrita a favor de los seculares.

Esta disputa tuvo más tarde otros episodios, todos ellos de indudable interés para quien se proponga estudiar la historia de la Iglesia medieval, o más precisamente, la historia de las relaciones entre el clero regular y el secular, o incluso el desarrollo del pensamiento teológico de aquellos tiempos, puesto que en cada uno de los textos que se produjeron en este contexto no dejaron de esgrimirse tesis teológicas. Aunque no debemos perder de vista el hecho de que los ecuatorianos de hoy, más incli-

nados a la descalificación personal del oponente que a la discusión honrada de las ideas, podríamos aprender mucho de aquella polémica medieval que se desarrolló con la participación de notabilísimos pensadores y derroche de argumentaciones, lo que debemos destacar para el propósito de estas páginas es una consecuencia indirecta del conflicto entre seculares y regulares por el derecho a las cátedras universitarias: me refiero a la fundación del Colegio de la Sorbona, hecha en 1253 por Roberto de Sorbon, capellán del rey Luis IX, para dar la formación teológica a los aspirantes al sacerdocio, pero sin excluir la participación de estudiantes seculares. Esta fundación, evidentemente, buscaba limitar de alguna forma la participación de los regulares, pero al mismo tiempo se proponía ampliar los beneficios de la educación a un círculo más amplio que el de los religiosos.

El pensamiento universitario: unidad en la multiplicidad

Un aspecto remarcable de la universidad medieval es que en ella no se encuentra solamente el germen del espíritu democrático que es, junto a la independencia frente a los poderes del Estado y la *iglesia*, uno de los mayores distintivos de la institución universitaria; allí se encuentra también el espíritu de libertad irrestricta para el pensamiento, más significativo aun en esos tiempos, cuando la Iglesia romana ejercía un do-

minio absoluto en la religiosidad y en el pensamiento de lo que ahora es Europa. “En tiempos tan remotos (si solo queremos mirar desde los siglos XII y XIII) de tronos y soberanías de derecho divino, sorprende como nació la universidad con estructuración democrática, autónoma en sus decisiones y reglamentos, libre para la enseñanza, libre para elegir profesores y autoridades, libre para la búsqueda de la verdad” —escribe una estudiosa quiteña³.

En el siglo XIII, en efecto, pueden distinguirse varias corrientes de pensamiento que se identifican con determinadas órdenes religiosas. La primera que se debe mencionar es la de los agustinos, de carácter conservador y normalmente reservada frente al aristotelismo, frente al cual sufrió sin embargo una evolución que fue desde el total rechazo hasta una parcial aceptación. Esta actitud es también la de los franciscanos, y está representada por Grosseteste, Alejandro de Hales y san Buenaventura. En segundo lugar hay que mencionar la corriente aristotélica, que llegó a ser característica de los dominicos, y está parcialmente representada por san Alberto Magno y plenamente por santo Tomás de Aquino. En alguna medida relacionada con esta corriente debe situarse una tercera, la de los averroístas, representados por Siger de Brabante. En cuarto lugar debe considerarse a los pensadores independientes y eclécticos como Gil de Roma y Enrique de Gante;

y en quinto lugar, ya en los años finiseculares y en los comienzos del XIV, la gran figura de Duns Escoto marca una nueva corriente franciscana, que sometió a revisión el pensamiento de san Buenaventura a la luz de Aristóteles y llegó a ser considerado como Doctor de su orden.

La mención de estas diversas corrientes permite superar ciertos estereotipos que han dominado entre nosotros acerca de la Edad Media. Según ellos, esa fue una época de dogmatismo absoluto, de "teocentrismo", de inmovilidad mental y ausencia de preocupación por los temas de este mundo. Y no es así. El hecho de que la configuración mental de esa época haya girado en torno al valor supremo de la fe no excluye que la Edad Media haya sido el escenario de un formidable trabajo intelectual plenamente libre, como lo prueba la disparidad, y a veces oposición apasionada, en las soluciones propuestas por diversos pensadores para los problemas que, no obstante su apariencia especulativa, fueron el necesario antecedente para el nacimiento de la ciencia experimental.

Los primeros anuncios de la ciencia

Si el siglo XIII fue un período de grandes pensadores originales, el XIV fue el de las escuelas. Los dominicos se adhirieron a las doctrinas de santo Tomás de Aquino y diversos capítulos generales de la orden recomendaron

esa línea de pensamiento, en la cual se produjeron notables comentarios de la obra del llamado Doctor Angélico. Los franciscanos, en cambio, tendieron a alinearse detrás del pensamiento de Duns Escoto, aunque la orden no llegó a adoptarlo oficialmente como ocurrió con el tomismo. Enrique de Gante y Gil de Roma tuvieron también sus seguidores, aunque no llegaron a formar una escuela sólida.

Estas corrientes, que seguían el pensamiento de los grandes filósofos del siglo XIII, constituyeron lo que se identificó como la *via antiqua*; pero simultáneamente apareció y se difundió un nuevo pensamiento, generalmente asociado al nombre de Guillermo de Ockham. Los seguidores de este nuevo movimiento, identificado como la *via moderna* se opusieron al "realismo" del siglo anterior (correspondiente, como ya hemos señalado, a lo que hoy denominamos "idealismo"), y llegaron a ser conocidos como "nominalistas". Los lógicos del nuevo movimiento concedieron gran atención a la función de los términos en las proposiciones, con lo cual iniciaron una seria distinción entre la teología y la filosofía, lo que hizo desmoronarse a la síntesis lograda en el siglo XIII. El nominalismo se inclinaba más al análisis que a la síntesis, y a la crítica más que a la especulación. No vamos a extendernos en los detalles de esta nueva tendencia que resquebrajó la síntesis teológico-filosófica construida

por los metafísicos del siglo anterior, porque ello sería objeto de un estudio histórico de la filosofía; lo que nos interesa decir, en relación con el tema que nos ocupa, es que la Facultad de Artes de la Universidad de París fue el principal escenario de esta notable polémica filosófica, y que ella constituyó la primera piedra del nuevo pensamiento científico que habría de abrirse camino en los dos siglos siguientes, hasta alcanzar su apogeo en el siglo XVII.

En efecto, los estudios matemáticos y científicos de grandes figuras del siglo XIV, tales como Nicolás de Oresme, Alberto de Sajonia y Marsilio de Inghen, pueden ser considerados ahora como un rasgo distintivo de este siglo, y su aparición no es ajena al movimiento nominalista, que impulsó en forma decidida el desarrollo de la lógica, en la cual, siguiendo la línea ockhamista, se empezó a dar mayor importancia a la intuición y a la observación empírica⁴.

En 1389, en la universidad de Viena se estableció la asistencia obligatoria de los estudiantes de Artes a las lecciones de lógica de Pedro Hispano, y otras disposiciones posteriores establecieron la misma obligatoriedad respecto a las obras de varios lógicos ockhamistas, como Guillermo Heytesbury. El nominalismo también estuvo fuertemente representado en las universidades alemanas de Heidelberg (fundada en 1386), Erfurt (1392) y Leipzig (1409). Lo mis-

mo sucedió en la universidad polaca de Cracovia (1397). Según parece, la universidad de Leipzig tuvo su origen en el éxodo de los nominalistas de la universidad de Praga, donde Jan Hus y Jerónimo de Praga enseñaban el realismo escotista que habían aprendido de John Wycliffe (aprox. 1320-1384). Cuando el concilio de Constanza condenó por heréticas las tesis de Jan Hus en 1415, los nominalistas declararon que el escotismo también había sido condenado.

El regreso de los dominicos a París en 1403 (la habían abandonado en 1387) determinó que en esa universidad se produjera un renacimiento del "albertismo", como se conoce a la filosofía de san Alberto Magno. Aparentemente, no solo la causa señalada, sino también las condiciones creadas por la Guerra de los Cien Años fueron las causas de este retorno al pensamiento del siglo XIII. Sin embargo, este renacimiento albertista no duró mucho tiempo, porque los nominalistas regresaron a su vez en 1437, después de que la ciudad fue liberada de los ingleses. El 1 de marzo de 1474, el rey Luis XI prohibió la enseñanza del nominalismo y ordenó la confiscación de los libros de esa tendencia, pero en 1481 levantó la prohibición. De este modo, a pesar de los avatares mencionados, el nominalismo conservó sólidas posiciones en París, Oxford y muchas universidades alemanas, aunque no se puede desconocer que las tendencias asociadas a la *via antiqua* se mantuvie-

ron firmes en otras universidades, como fue el caso de la de Colonia, fundada en 1389. En esa ciudad, las doctrinas dominantes eran las de san Alberto Magno y santo Tomás; pero después de la condena de Jan Hus, los príncipes electores pidieron a la universidad que adoptase el nominalismo argumentando que el realismo del siglo XIII, aunque no era malo en sí mismo, conducía fácilmente a la herejía. En 1425 la universidad respondió que si bien el nominalismo podía ser adoptado libremente por quien lo deseara, las doctrinas de san Alberto Magno, santo Tomás de Aquino, san Buenaventura, Gil de Roma y Duns Escoto estaban libres de toda sospecha. Por otra parte, continuaba la universidad, las herejías de Jan Hus no eran consecuencia del realismo filosófico, sino de las enseñanzas teológicas de Wycliffe; y finalmente, si el realismo fuese prohibido, los estudiantes abandonarían la universidad.

Estos singulares episodios son altamente aleccionadores en lo que se refiere al carácter que desde entonces adquirió la universidad. Hemos señalado ya que la autonomía fue un privilegio que benefició a las universidades desde su propio origen, y tanto el caso de París como el de Colonia muestran hasta qué punto esta prerrogativa se había consustancializado con la institución universitaria: si es cierto que en París fue posible que un monarca prohibiese una determinada doctrina, también es cierto

que más tarde hubo de retractarse; y en Colonia, los príncipes electores apenas se atrevieron a pedir a la universidad la adopción de una línea de pensamiento, sometiéndose luego al pronunciamiento de los doctores. No obstante, la libertad individual no era todavía objeto de una defensa apasionada: aunque se la practicaba de hecho, como lo demuestra la existencia de diversas corrientes de pensamiento en algunas universidades, y sobre todo en la de París, la universidad como tal se sentía autorizada a adoptar una línea oficial, y en algunos casos llegó a imponerla a sus maestros y estudiantes. Tal es, como acabamos de ver, el caso de Colonia, a la cual debe asociarse la de Lovaina, fundada en 1425. Los estatutos del 1427 exigían a los candidatos al doctorado que jurasen no enseñar nunca las doctrinas de Burilan, Marsilio de Inghen, Ockham o sus seguidores; y en 1480, los profesores que exponían la doctrina de Aristóteles a la luz del pensamiento ockhamista fueron amenazados con la suspensión de sus cargos.

En Bolonia, en cambio, prosperó una línea de aristotelismo averroísta, representada en la primera mitad del siglo XIV por Tadeo de Parma y Angelo de Arezzo. Tal tendencia se extendió luego a Padua y Venecia, donde estuvo representada por Pablo de Venecia (muerto en 1429), Cayetano de Thiena (muerto en 1465), Alejandro Achillini (muerto en 1512) y Agustín de Nifo (muerto en

1546). Esto demuestra que la *via antiqua* no había desaparecido completamente por el progreso del nominalismo.

Durante mucho tiempo se ha mantenido el prejuicio de que la Edad Media fue ajena a la experiencia y que las únicas ideas científicas que tuvieron vigor fueron tomadas sin crítica alguna de la filosofía de Aristóteles. Según este prejuicio, la ciencia habría comenzado sin antecedentes en el Renacimiento. No obstante, hoy sabemos que en el siglo XIV había un marcado interés por las cuestiones científicas y que en esa época se hicieron algunos descubrimientos importantes no derivados de Aristóteles. Más aun, hoy parece claro que el desarrollo de la ciencia en la Edad Media tardía debe vincularse al pensamiento de Ockham.

Una de las figuras científicas más destacadas en el siglo XIV fue Juan Buridan, muerto en 1360 después de haber desempeñado durante algún tiempo el rectorado de la universidad de París. Influidor por las doctrinas ockhamistas, tuvo una fuerte orientación hacia los estudios de la física, y sostuvo que la existencia de una cosa puede deducirse de la existencia de otra cosa. Como partidario del nominalismo, fue también afectado por la condena de 1340 contra esa doctrina. Otra de las figuras notables en esta línea fue Alberto de Sajonia, rector de la universidad de París en 1353 y de la de Viena en 1365, y consagrado

obispo de Halberstadt en 1390, es decir, pocos meses antes de morir. Siguió las doctrinas de Ockham relativas a la lógica, pero su nominalismo fue más moderado. Sostenía que la certeza que proporciona la experiencia no es absoluta. Marsilio de Inghen (muerto en 1396) fue también partidario de la *via moderna* y ejerció cierta influencia, puesto que también fue rector de la universidad de París en 1367 y 1371, y pasó a ser el primer rector de la universidad de Heidelberg en 1386. En cuanto a Nicolás de Oresme, que enseñó en París y murió siendo obispo de Lisieux en 1382, fue más físico que filósofo, aunque no dejó de tener preocupaciones teológicas y filosóficas. Hizo algunos descubrimientos en el campo de la dinámica, como el que se refiere al movimiento, y estableció que si un cuerpo se mueve con una velocidad uniformemente acelerada, la distancia que recorre es igual a la distancia recorrida en el mismo tiempo por un cuerpo que se mueve con una velocidad uniforme igual a la alcanzada por el primer cuerpo en el instante medio de su carrera. Para expresar tales relaciones propuso un sistema gráfico de coordenadas rectangulares. Ese fue el principio de su trabajo acerca del movimiento de la Tierra, y reiteró la tesis, ya expuesta antes por el escotista Francisco de Meyronnes, quien escribió que "cierto doctor" sostenía que si fuese la Tierra la que se moviera en lugar de moverse los cielos, ese sería un "mejor arreglo" (melior dispositio). En este sentido, no

se puede olvidar el tratado *Du ciel et du monde*, de Nicolás de Oresme.

Todo el trabajo de estas grandes figuras de la ciencia del XIV fue estimulado por la traducción de obras científicas árabes y griegas. La ciencia de esta época fue indudablemente rudimentaria si se la compara con la que se desarrolló después del Renacimiento, pero no por ello es menos digna de aprecio como un formidable esfuerzo de unos pocos maestros que, siguiendo la ruta abierta por Guillermo de Ockham, iniciaron el arduo camino de la ciencia aún antes de que naciera la Edad Moderna.

2. El humanismo y el renacimiento

El tránsito desde la Edad Media a la Moderna se produjo, como es bien sabido, a través de este formidable movimiento espiritual que fue el Renacimiento, cuya primera manifestación fue el humanismo.⁵ Mientras Duns Escoto componía sus escritos filosóficos en un estilo bronco y monótono, puesto que su atención se concentraba en el contenido de sus textos con total descuido de la forma, el Dante (1265-1321), desde una perspectiva indudablemente medieval, escribió sin embargo una de las obras que anunciaban en su forma la revocación del espíritu. Poco después de su muerte, otro gran poeta no solamente volvió sus ojos al modelo ciceroniano, sino que expresó en sus sonetos el individualismo que habría de caracterizar a

los nuevos tiempos: se llamaba Francisco Petrarca (1304-1374).

El individualismo no era, ciertamente, una invención de los poetas ni un descubrimiento de los filósofos: era la consecuencia de un conjunto de relaciones sociales enteramente nuevas que habían ido afianzándose en Europa debido a la aparición de las primeras rudimentarias formas del capitalismo. Habida cuenta de que este hecho no se limitaba a las modalidades económicas de la producción, es preciso mirarlo como la apertura de un nuevo proceso civilizatorio, cuyo resultado habría de ser la aparición de Europa, entendida como realidad histórica, social y cultural enteramente nueva. No puede extrañarnos, por tanto, que aparejados a este fenómeno hayan aparecido nuevos estilos educativos, como los que fueron representados por maestros como Vittorino da Feltre (1378-1446) y Guarino de Verona (1370-1460).

Recordemos que la palabra *humanitas* había tenido ya para los romanos un significado aproximado al que los griegos expresaron con el concepto de *paideia* (maidéla), con el cual se referían a la formación del hombre (de donde viene "pedagogía"). Esta vieja significación, de rancia estirpe, reapareció en el siglo XIV, cuando se empezó a designar como *studia humanitatis* a los estudios que daban un papel preponderante a las letras —nombre genérico que incluía la

poesía, la retórica, la historia y la filosofía: se consideraba que estas son las disciplinas que estudian al hombre en lo que tiene de más específico, al margen de cualquier utilidad pragmática. Por eso, ellas eran tenidas como las más idóneas para lograr que el hombre sea lo que debe ser, de acuerdo a la naturaleza espiritual específica que se le atribuía. Luego, en los dos siglos siguientes, se atribuyó un valor insustituible a las llamadas *literæ humanæ*, cuyo concepto estaba unido a la convicción de que la antigüedad griega y latina representaba una suerte de paradigma de cultura espiritual. Los grandes autores griegos y latinos se constituyeron así en los maestros insuperables de aquellas "letras humanas". Esta tendencia, que alcanzó perfiles bien definidos a partir de Petrarca, se presentó con una radicalidad tan decidida que llegó a ser la identificación de una nueva época en la historia de la cultura europea, una vez que la escolástica había entrado en franca decadencia por el creciente influjo del nominalismo y más tarde, por la aparición de la gran figura de Nicolás de Cusa (1401-1464).

Durante mucho tiempo se pensó que esa nueva época fue radicalmente distinta de la anterior, por lo cual se concibió entre las dos una suerte de ruptura histórica. Más tarde se negó esa ruptura, y se pensó que entre la Edad Media y el Renacimiento humanista había una armónica continuidad, gracias a la cual este último había podido desarrollar

todas las virtualidades que ya habían sido engendradas en aquella. Hoy se prefiere una tercera tesis según la cual ni la ruptura ni la continuidad explican suficientemente las relaciones entre las dos épocas, entre las cuales se identifica sin embargo una diferencia. El humanismo renacentista, por lo tanto, sería el proceso por el cual, sin que se produzca necesariamente una ruptura, el espíritu europeo empieza a diferenciarse de su propio pasado eligiendo la vía de su futuro desarrollo. Sea de esto lo que fuere, la pregunta que surge es la que se refiere a la relación entre la Edad Media, el Renacimiento y la Edad Moderna. Los partidarios de la tesis de la ruptura entre el Renacimiento y la Edad Media consideran que, efectivamente, el Renacimiento fue el comienzo de la Edad Moderna; no obstante, hoy se tiende a considerar que esta última empezó propiamente con la revolución científica de Galileo, puesto que la historia del pensamiento moderno se encuentra dominada por las consecuencias de esa revolución. En este sentido, el primer filósofo moderno fue Descartes, y en cierta medida también Bacon. Si esto es así, el Renacimiento es una época distinta que no se puede identificar ni con la Edad Media ni con la Moderna, pero como período de transición es al mismo tiempo la eclosión de nuevas orientaciones y tendencias y la culminación de las que se habían desarrollado en la última fase de la Edad Media. Esto significa, por lo tanto, que las raíces del Renaci-

miento se encuentren en la Edad Media, tanto como las de la Moderna deban ser buscadas en el Renacimiento. Se trata, por consiguiente, de un proceso dialéctico en el cual cada momento lleva en sí los gérmenes del siguiente, el cual, sin embargo, representa su negación.

No vamos a discutir, sin embargo, estas tesis de interpretación histórica. En atención al propósito de estas páginas, nos limitaremos a señalar que sin duda fue el Renacimiento italiano el que más esplendor alcanzó en el desarrollo del nuevo espíritu. El más notable de sus centros de difusión fue la Academia Platónica de Florencia, fundada por Cosme de Medici bajo la influencia de Jorge Gemistos Plethon (muerto en 1464), quien había llegado de Bizancio en 1438. Entusiasta seguidor de la tradición platónica y neoplatónica, compuso en griego una obra sobre la diferencia entre las filosofías de Platón y Aristóteles. Un erudito semejante fue Juan Argyropulos (muerto en 1486), quien ocupó la cátedra de griego en Florencia desde 1456 hasta 1471. Marsilio Ficino (1433-1499) y Pico della Mirandola (1463-1494) fueron quizá las más notables figuras italianas del Renacimiento, y deben ser recordados por su ingente labor como pensadores y traductores, aunque su labor literaria (entendida en el más amplio sentido) no les dejó tiempo para la enseñanza.

En la Europa del Norte fueron grandes figuras asociadas al nuevo espíritu de la

cultura eruditos como Rodolfo Agricola (1443-1485), Regius (1420-1495) y Jacobo Wimpfeling (1450-1528), quien hizo de la universidad de Heidelberg el centro del movimiento humanista en el extremo occidental de Alemania. Pero la figura máxima del humanismo nórdico fue sin duda Erasmo (1467-1536), quien promovió el estudio de las literaturas griega y latina, incluyendo las Escrituras y las obras de los Padres de la Iglesia, y dio un gran impulso a la educación. En Inglaterra hubo clérigos como Guillermo de Waynflete (1395-1486), san Juan Fisher (1459-1535), que llevó a Erasmo a Cambridge; Juan Colet (1467-1519), que fundó el famoso Colegio de San Pablo en 1512, y Tomás Linacre (1460-1524), aunque el más notable de todos fue Tomás Moro (1478-1535), canciller del reino que cayó en desgracia y fue decapitado por haberse opuesto al matrimonio de Enrique VIII con Ana Bolena. Como consecuencia de todo este movimiento humanista, el Winchester Collage fue fundado en 1382, y la universidad de Eton en 1440.

Aunque el movimiento de la Reforma también estuvo vinculado al humanismo, el gran interés que prestó a la educación obedeció más a causas religiosas que a la vigencia de las ideas humanistas. Juan Calvino (1509-1564), elaboró un vasto plan educativo para Ginebra aplicando las ideas humanistas que había recibido en Francia; pero el espíritu más cercano al humanismo que apa-

reció entre los reformadores fue el de Felipe Melancton (1497-1560), nombrado en 1518 profesor de griego en la universidad de Wittemberg, y debe ser reconocido como el más notable discípulo de Martin Lutero (1483-1546). Este último, a su vez, no solo fue el gran reformador de la Iglesia, sino también el humanista que puso los fundamentos de la moderna lengua alemana, haciendo de sus escritos un modelo de estilo literario. Como contrapartida en el plano religioso, la Contrarreforma encabezada por la Compañía de Jesús, fundada por Ignacio de Loyola en 1540, cultivó también el humanismo, que en este caso encontró su encarnación en el sistema educativo cuya expresión más clara fue la *Ratio Studiorum* promulgada en 1599.

3. La universidad moderna

En 1530 los jesuitas fundaron el Colegio de Lovaina, de carácter trilingüe, que fue llamado "de los lectores reales". Según René Hubert, rector de la universidad de Estrasburgo, ese fue el germen del famoso Colegio de Francia⁶. Luego empezaron a aparecer otros colegios jesuitas que, en un nivel inferior al de la universidad, estaban en principio destinados a formar para el sacerdocio a jóvenes de la aristocracia y la burguesía. Para entonces, la universidad de París había perdido su antiguo prestigio y su autonomía había sido fuertemente atacada por el poder real. En 1600, en efecto, el "muy cristiano e invencible rey

de Francia y de Navarra Enrique IV" llegó a promulgar los nuevos estatutos de dicha universidad, estableciendo el derecho del poder real para organizar, dirigir y controlar la educación de los jóvenes. Richelieu y Colbert, cada cual en su hora, no dejaron de ejercer puntualmente ese derecho reorganizando la universidad y reformulando sus programas de estudio: esta fue una de las primeras manifestaciones de la constitución de los estados nacionales.

Así nacieron las universidades dependientes directamente del poder político, justamente cuando las ciencias hicieron su aparición en el escenario del conocimiento. Los siglos XVI y XVII, en efecto, son los siglos del nacimiento de la ciencia moderna, pero su advenimiento no siempre fue cobijado por los claustros universitarios. De los grandes fundadores de la ciencia moderna, solo Galileo (1564-1642) y Newton (1642-1727) desarrollaron su trabajo en el ámbito universitario: el primero profesó matemáticas en las universidades de Pisa y Padua, y el segundo se desempeñó como *Fellow* en el Trinity Collage de Cambridge, donde antes había hecho sus estudios. En contrapartida, ni Leonardo (1452-1519), ni Tyho Brahe (1546-1601), ni Kepler (1571-1630) pertenecieron a las universidades, y si el primero tuvo la protección de los señores de Florencia, los dos últimos desarrollaron todo su trabajo en el observatorio que el emperador Rodolfo II puso a su disposi-

ción cerca de Praga. Copérnico (1473-1543) estudió en las universidades de Cracovia, Bolonia y Padua y se doctoró en leyes en la de Ferrara, pero no enseñó nunca en ninguna. Esto significa que la nueva ciencia no fue del todo auspiciada por las universidades, en las cuales la decadente escolástica se mantenía fuertemente arraigada, aunque sus cultores ya habían derivado hacia la repetición de los comentarios, sin llegar a leer jamás a sus propias fuentes, y se engarzaban en curiosas polémicas sobre problemas imaginarios, como si Adán tuvo o no tuvo ombligo, o si los ángeles tienen o no tienen sexo. Las universidades de aquellos primeros tramos de la Edad Moderna son, por lo tanto, una curiosa mezcla del viejo y anquilosado espíritu medieval, desprovisto ya de la lucidez que acompañó en el siglo XIII a sus más importantes filósofos, y un vacilante pero audaz espíritu nuevo que se abre paso lentamente entre las tradiciones que se resisten a morir. De ahí que, como ya hemos dicho antes, Descartes haya sido el primer filósofo moderno (su *Discurso del Método*, una de las primeras obras no escritas en latín, apareció en 1637), pero todo su trabajo se desarrolló también fuera de los ámbitos universitarios, a los que nunca perteneció ni como estudiante ni como maestro⁷. Según escribe la doctora Germania Moncayo de Monge, “los siglos XVII y XVIII se abrieron a la historia de las universidades descaecidos ya del primigenio amplio espíritu con que es-

tos centros (*Studia Generalia*) fueron auspiciados en una prístina organización en Europa”⁸.

Las artes mecánicas y la filosofía en el siglo XVI

Pero al mismo tiempo que las ciencias daban sus primeros y tímidos pasos en el escenario de un mundo transformado ya por la aparición de nuevas formas económicas que empezaban a minar el orden feudal, aparecieron también las llamadas “artes prácticas”, que a pesar de su modesta apariencia tenían ya un porvenir de largo alcance. En 1580, al redactar una “Advertencia a los lectores” para sus *Discours admirables*, Bernard Palissy, célebre ceramista francés, se preguntaba si es posible para el hombre saber algo y tener conocimiento de los efectos naturales sin haber leído los libros escritos en latín por los filósofos, y se respondía a sí mismo de este modo: “Mediante la práctica yo pruebo ser falsas en muchos puntos las teorías de gran número de filósofos, aun de los más antiguos y renombrados. En menos de dos horas podrá darse cuenta de ello quienquiera, con tal de que se tome solo la molestia de venir a mi laboratorio...”. Y casi enseguida concluía: “Te puedo asegurar, oh lector, que, sobre los hechos contenidos en este libro, aprenderás más filosofía natural que la que aprenderías en cincuenta años leyendo las teorías y las opiniones de los filósofos antiguos”⁹.

A pesar de su ingenuo repudio a los filósofos, Palissy expresaba de este modo lo que no era más que un anuncio de la filosofía que poco tiempo después habría de formular Francis Bacon bajo el criterio de que era necesario sustituir el culto a los libros por el culto a la naturaleza, y de que la pura especulación debe ceder su lugar a la investigación objetiva de los hechos. No obstante, Bacon no cayó en la misma ingenuidad del ceramista: “... solo de tarde en tarde —escribe en el *Novum Organum*— acontece que un artesano excepcionalmente inteligente y ambicioso se dedique a una nueva invención y, por lo general, se arruina en semejante intento”¹⁰.

Pero esto no fue todo. Harvey, Galileo y Boyle iban a sumarse enseguida a ese amplio proceso adverso a la concepción de la ciencia que había dominado el pensamiento occidental durante siglos: esa ciencia que solo podía comenzar una vez que se habían procurado los recursos necesarios para la vida y que se proponía como fin último la *contemplación* de la verdad. Campanella no tuvo reparos en llamar “parásitos o desechos (*excrementa*) de la república” a aquellos que ignoraban las artes útiles, “como lo son muchos nobles de estos tiempos”; el baconiano William Petty, defendiendo la dignidad de las artes mecánicas, escribe que “muchos de los que ahora conducen el arado habrían sido capaces de gobernar el Estado”; Diderot observa que el prejuicio según el cual “ocupar-

se de los objetos sensibles y materiales” constituye “una derogación de la dignidad del espíritu” y ha llenado las ciudades de “orgullosos razonadores y contempladores inútiles, y los campos de tiranuelos ignorantes, ociosos y desdinosos”¹¹. La atribución de “vileza” a las actividades de los campesinos y artesanos empieza a revelar entonces su verdadero sentido, que no es el de una jerarquización del saber o de las actividades humanas, sino la expresión de una concepción feudal de la sociedad: en su testamento político, Richelieu (1642) escribe: “Si el vulgo está demasiado a sus anchas resulta imposible detenerlo dentro de la regulación de sus deberes. Hay que compararlo a aquellos mulos que, hechos a soportar cargas, se arruinan más a causa de un prolongado reposo que a causa del trabajo”¹². La reivindicación de la dignidad del trabajo manual, y particularmente de las llamadas “artes mecánicas”, implica por lo tanto, todo un cuestionamiento del régimen social vigente a esa fecha, que encontraba su justificación en la autoridad de Aristóteles, quien había excluido a los “operarios mecánicos” del número de los ciudadanos, diferenciándolos apenas de los esclavos en que cuidan de satisfacer los intereses de varias personas, mientras los esclavos solo atienden a una. La oposición entre ciencia y técnica muestra de este modo su trasfondo escondido: es, en rigor, oposición entre hombres libres y esclavos; el concepto aristotélico de la ciencia implicaba, por consiguiente, una política.

Esa concepción es la que empieza a ser demolida en la obra de los llamados *indocti*, o sea, de aquello que no habían hecho estudios en la universidad, pero habían sido capaces de introducir mejoras y adelantos en varias artes prácticas. Gabriel Harvey, seguidor de Maquiavelo y atento a todas las novedades de la cultura de su tiempo, escribe: "Quien recuerde al mecánico matemático Humphrey Cole, al constructor de buques Mathew Baker, al arquitecto John Sute, al navegante Robert Norman, al artillero Willian Bourne, al químico John Hester y a otros prudentes y sagaces empíricos parecidos a ellos, será hombre demasiado altanero si sigue despreciando a los artesanos expertos o a cualquier sensible e industrial "hombre de práctica" por el hecho de que carezca de la instrucción de las escuelas o sea iletrado (*unlectured in schooles or unlettered in bookes*)¹³.

La atención que se empieza a conceder a las artes mecánicas implica de este modo establecer una fundamental distinción entre el *globus intellectualis* y el *globus mundi*, es decir, entre la estructura intelectual de las ciencias (lo que ahora llamaríamos su aparato teórico) y su capacidad de servir concretamente a la satisfacción de las necesidades humanas; pero aun más, implica que se concede una valoración mayor a las artes prácticas que a la especulación teórica. Por eso, al publicar su *Pirotecnia*, Vannoccio Biringuccio se gloriaba de ser el único que había compuesto una obra no

basada en los libros ni en la autoridad de los antiguos, sino en su propia y directa experiencia de la naturaleza¹⁴.

Expansión y decadencia

No obstante, este período que se presenta pobre en realizaciones intelectuales de las más célebres universidades mientras la ciencia y la técnica se desarrollan generalmente fuera de sus claustros, tiene como contrapartida un proceso de considerable extensión del sistema universitario. En Alemania habían aparecido ya las universidades de Tubingen, Heidelberg, Frankfurt a. Oder, Köln, Rostock y Königsberg, esta última en la Prusia oriental, pero aún se encontraba a la cabeza de todas la ya famosa universidad de Wittenberg. En casi todas ellas (aparte de los estudios teológicos que fueron hasta el siglo XVIII el eje de la vida universitaria), el cultivo de las ciencias empezó a ser notable, pero lo fue especialmente en el orden especulativo. Mientras tanto, en el mundo anglosajón aparecieron como escuelas públicas (es decir, financiadas con el producto de los impuestos locales) los colegios de Winchester (1387), Eton (1441), St. Paul's (1510), Shrewsbury (1552), Westminster (1560), Rugby (1561), Harrow (1571) y Charterhouse (1611). La aristocracia, mientras tanto, conservaba para sí las famosas universidades de Oxford y Cambridge, a las que se sumó mucho más tarde la de Durham. Lo que caracterizó a estas universida-

des fue la existencia invariable de facultades (artes, teología, ciencias, derecho, medicina e ingeniería), a las cuales en cada caso se agregaban una o dos más, según los intereses particulares, para cultivar una rama determinada del saber no incluida en la estructura general. El mismo modelo fue trasladado luego a Norteamérica, donde cada uno de los estados creados a partir de las colonias inglesas dio posteriormente matices diversos a sus institutos universitarios. El primero y más célebre de ellos, fundado en 1635, fue la universidad de Harvard; luego aparecieron las de William and Mary, Yale, Princeton, Columbia, Pennsylvania, Brown, Cornell y otras.

La universidad en el Ecuador

Luego de las universidades de Salamanca, Alcalá, y Granada (1531), en España se generalizó la fundación de estudios generales o universidades bajo el imperio invariable de la escolástica, y siguiendo esa huella fueron estableciéndose luego las universidades de la América española: en la isla de Santo Domingo, la de Santo Tomás (1538), y luego la de Santiago de la Paz (1540); en Lima, la de San Marcos, y en México, la del mismo nombre (1551); en Bogotá, la de Santo Tomás (1580); en Quito, las de San Fulgencio (1586), San Gregorio (1622), el Colegio de San Fernando (1688) y la universidad de Santo Tomás de Aquino (1690); en Córdoba, la del mismo nombre (1613), lo mismo que en

Santiago de Chile (1621); en Bogotá, la Javeriana (1622); en Cuzco, la de San Ignacio (1622); en Charcas, la de San Javier (1624); en Yucatán la de Mérida (1624); en Guatemala la del mismo nombre (1681); en Huamanga la del mismo nombre (1685); una segunda en el Cuzco (1692); en La Habana la de San Jerónimo de (1721); en Santiago de Chile la de San Felipe (1738); la de Panamá (1750); la de San Carlos de Córdoba (1800); la de Mérida de Venezuela (1807); en Nicaragua la de León (1815)...

En cuanto a las universidades quiteñas¹⁵, la primera en fundarse fue la de San Fulgencio (1586), regentada por los agustinos. Según dice González Suárez, esa no fue propiamente una universidad, no solo porque nunca obtuvo el "pase regio", o sea, la aprobación real que de acuerdo a la ley de patronato era un requisito legal ineludible (lo cual en realidad no sería un verdadero motivo), y ni siquiera porque no tenía más que una facultad cuando la ley exigía que por lo menos hubiera tres, sino sobre todo por la poca seriedad que tuvieron sus estudios: según el obispo historiador, consta que un zapatero de Popayán, que no sabía latín, obtuvo en esa universidad un doctorado¹⁶. Esto significa que la historia de la universidad quiteña comienza propiamente con la fundación de la universidad de San Gregorio, hecha por los jesuitas en 1622. Más tarde, los dominicos fundaron la universidad de Santo Tomás (1686), después de una

larga cadena de incidentes que han sido relatados por el padre Vargas con la minuciosidad que le caracteriza¹⁷.

Nuestra visión histórica del desarrollo de la universidad nos permite arribar a dos conclusiones de importancia para nuestro propósito: la primera tiene que ver con el carácter que las experiencias acumuladas a través de los siglos configuran como distintivo de la institución universitaria; la segunda, a una prerrogativa que aparece en ella desde su origen y va consolidándose a través de largos avatares. Nos referimos, desde luego, a la universidad como *depositaria del saber* acumulado por la humanidad en un trabajo centenario, y a la *autonomía* que su trabajo exige y obtiene. De ahí que en la actualidad, a pesar de todas las tendencias contrarias, que en nuestros días parecen prevalecer, *la universidad solo puede ser entendida como la sede autónoma del saber*.

Notas

1. Nos han sido especialmente útiles las siguientes obras:

Frederick Copleston, *A History of Philosophy*, vol. II. *Mediaeval Philosophy. Augustine to Scotus*, (hay trad. Castellana de Juan Carlos García Borrón en la edición dirigida por Manuel Sacristán, Barcelona, Ed. Ariel, 1971).

Giovanni Reale y Dario Antiseri, *Il pensiero occidentale dalle origini ad oggi*, Brescia, Editrice La Scuola, 1985 [hay trad. cast. de Juan Andrés

Iglesias: *Historia del pensamiento filosófico y científico*, 3 vols. Barcelona, Herder, 2001 (4ª. Ed.)]

Hernán Malo González, *Pensamiento universitario ecuatoriano*, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, vol. 14, Quito Banco Central del Ecuador/Corporación Editora Nacional, s/f.

Joaquín Mena Soto, *Universidad – Historia, orientación, planeamientos y formas de trabajo de la Pedagogía universitaria*, Quito, s/c, 1965.

2. Cf. M.D. Chenu, *La théologie au douzième siècle*, Paris, 1957.

3. Cf. Germania Moncayo de Monge, *La Universidad de Quito. Su trayectoria de tres siglos*. P. 14; cit. Por Hernán Malo, loc. cit. P. 36

4. En *El nombre de la rosa*, famosa novela de Umberto Eco, esta línea de pensamiento está representada en la figura de Guillermo de Baskerville, que no solo es el personaje central de la obra, sino, en cierto modo, una representación de Guillermo de Ockham.

5. A lo largo del siglo XX se ha discutido con frecuencia si el Renacimiento fue una realidad histórica o una invención teórica de la historiografía del siglo XIX. Sin duda apasionante, semejante problema excede con mucho los límites y el propósito de estas páginas. Queremos dejar constancia, sin embargo, de nuestra opinión favorable a la existencia real del movimiento renacentista, del cual hay pruebas innegables. (Cf. Reale y Antiseri, op. cit., tomo II, pp. 26 y sgts.)

6. Cf. René Hubert, *Historia de la pedagogía. Realizaciones y doctrinas*; cit. Por J. Mena Soto, op. cit., p.

7. En la primera parte del *Discurso*, Descartes pasa revista a los estudios que realizó en uno de

los mejores colegios de su tiempo, el Collage de la Flèche, y su balance es ampliamente negativo: a su juicio ninguna de las asignaturas que recibió es capaz de garantizarle un conocimiento cierto, excepto las matemáticas; pero las matemáticas no le permiten conocer al hombre. (Hay numerosísimas ediciones del *Discurso del método*; nosotros tomamos nuestras referencias de la edición de CŒuvres el lettres, *Bibliothèque de La Pléyade*, NRF, Paris, Gallimard, 1953; pp. 126-132).

8. Cf. Germania Moncayo de Monge, *La Universidad de Quito. Su trayectoria en tres siglos*, p. 13; cit. Por Hernán Malo, loc. Cit., p.35

9. Cf. *Les oeuvres de B. Palissy publiées d'après les textes originaux avec une notice historique et bibliographique*, par A. France, Paris, 1880, p.166. En esta edición se encuentran reimpresas, entre otras obras: *Discours admirables*, Paris, 1580; *Recepte véritable par laquelle tous les hommes de France pourront apprendre à multiplier leurs trésors. Item ceux qui n'ont jamais eu cognoissance des lettres pourront apprendre une philosophie nécessaire à tous les habitants de la terre*, La Rochelle, 1553. (Incluimos estos títulos por lo mucho que expresan acerca de la aparición de un nuevo espíritu en la cultura europea.)

10. Bacon, *Novum Organum*, I,84 (traducción castellana en *Ensayos sobre moral y política*, 1985.

11. Cf. Campanella, *Aforismo politici*, Turín, 1941; W. Petty, *The Advine of W. Petty to Mr. Samuel Hartlib for the Advancement of some particular part of Learning*, The Harleian Miscellany, 1808-1811, VI; Diderot, entrada "Art", *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et métiers*, apud Paolo Rossi, *I filosofi e le machine* (1400-1700), Milán, Giangiacomo Feltrinelli Editore, 1966 hay trad. cast. en Barcelona, Edit. Labor, 1970.)

12. Cf. P. Jaccard, *Histoire sociale du travail de l'antiquité à nos jours*, Paris, 1960, pp. 183-184.

13. G. Harvey, *Works* (ed. A.B.Grosart, Londres 1884-85, p.289.

14. Cf. V. Biringuccio, *De la Pirotecnia libri dieci dove ampiamente si tratta non solo di ogni sorte e diversità di miniere, ma ancora quanto si ricerca intorno alla pratica di quelle cose e di quell che si appartiene a l'arte de la fusione over gitto de metalli como d' ogni altra cosa simile a questa*, Venecia, 1540. (apud P. Rossi, loc. Cit.)

15. Al decir "universidades quiteñas", nos referimos, como es obvio a la Audiencia de Quito, cuya extensión territorial fue mucho mayor de lo que es el actual Ecuador. Para el caso, es secundario, por lo tanto, que tales universidades hayan tenido su asiento precisamente en la ciudad de Quito.

16. Cf. Federico González Suárez, *Historia general de la República del Ecuador*, tomo VII, Quito, Imprenta del Clero, 19....., p.

17. Cf. José María Vargas, O.P., *Historia de la cultura ecuatoriana*, tomo I, cap. IV: "La instrucción pública durante el siglo XVII", Quito, Editorial Ariel, s.f.